



**Milagros Tejjido, 79 años**  
**Miguel Torres de Miguel, 22 años.**

## Un día sin olor a muerte

Milagros Tejjido conmemora el último día de la Guerra Civil. Un 28 de marzo de 1939 en el que, con ocho años, dejó de acosar con la vista a los aviones que cohibían al cielo y se abrazó a su familia sin conocer lo acontecido. Allí comenzó a grabar en su frente una trayectoria de arrojo, servicio a los demás y codicia por vivir

Cada vez que un obús reventaba las raíces de una acacia, su padre acudía ligero para aprovechar la leña y cerrar la puerta al frío desértico. Así soportaron, en silencio político, el trienio de tableteos de ametralladoras y hambre sin fin que el presente les brindaba. Tres ásperos años de infancia en los que adormilarse con el temor a la sangre se tornó costumbre, pero nunca supo descarriar a su felicidad. En su casa de la calle Fuencarral de Madrid, lejana a sus dilectos bosques de la Dehesa de la Villa, contempló a las trincheras agotarse y a los soldados repartir pan entre abrazos del gentío. Muerte y tortura se ocultaron tras las luces de una fiesta improvisada, aunque, después de la tormenta, cualquier ráfaga de sol, por pequeña que sea, sirve de sosiego. De esta forma, los fusiles no volvieron a gritar y su padre, temeroso aún de una virtual emboscada, les notificó pletórico el fin del salvajismo. Y así sucedió: con un abrazo encendido se escondieron los miedos y se cambió, por fin, el peligro por el aire transparente que sólo racionaliza el olor a esperanza.

Su padre, que llegó a Castilla desde su Galicia natural como capataz de una cuadrilla de segadores y que se libró de hundirse en el frente, siguió conduciendo el tranvía de la línea 15 que unía Cuatro Caminos y la Puerta del Sol. Asimismo, comprándole horas al descanso, penó a su espalda como peón de carga en la clásica Danone. El fruto de sus jornadas sin piedad se consumió al matricular a su hija en el Instituto Lope de Vega para reñirse con el bachiller, entre libros prestados, y con el perenne consejo paterno de cultivar la inteligencia. Este recto sendero de conocimiento lo ha correteado hasta hoy que, a los setenta y ocho años, asiste puntualmente a las clases de su centro de mayores. Aquí es donde refugia sus narraciones y donde comparte con cómplices de todo género el pasado que una generación al completo ha tenido que superar con las manos vacías. Para huir de discrepancias insalvables en el aula de literatura, optan por no hablar de religión o de política; aunque Milagros reconoce que le es imposible escribir sin tener sus creencias amurallando sus retinas.

Pero mucho antes de tener conocimiento de las verdades del mundo, de pequeña, se acostumbró a cantar el «Cara al sol» frente al águila de la bandera nacional y no se sorprendió al conocer a su tío político a bordo de una camioneta de falangistas. Éste, pasmado por la cadavérica delgadez de sus sobrinas, insistió en trasladar a Milagros y a su hermana junto a sus abuelos maternos Mariano y Bernabea, en Logroño. Allí revivió de nuevo el afecto por la naturaleza que se había vestido de negro durante los años de escarmiento y entabló experiencias junto a su abuelo, antiguo guardia civil, del que asegura haber adquirido la humanidad que dilata el sano bienestar de los demás. Al mismo tiempo, no son menos las frases agraciadas que ella concibe con motivo de la evocación de su abuela, a la que distingue como salada y tolerante. No abandona la imagen del cesto que ella asentaba sobre su cabeza cuando volvía de lavar ropa ajena en las corrientes del Ebro, ni dejará de hacerlo jamás, puesto que asegura que de los auténticos seres humanos no es saludable olvidarse.



Y no se olvida de todo aquello que ha danzado frente a sus párpados. Si de niña enmudeció al oír a un miliciano jactarse de asesinar a un burgués por el escueto hecho de asomarse al balcón; el fervor religioso de posguerra sí se contagió dentro de sus aspiraciones. Por ello, no titubea al afirmar que el instante más conmovedor de su memoria tuvo lugar frente al Cristo de la Iglesia del Perpetuo Socorro. Después de clase, mientras España despertaba, descendía por la calle Manuel Silvela y se arrodillaba ante la sagrada imagen custodiada por los Padres Redentoristas. Eso hacía de forma habitual hasta que un día, confiesa que se enamoró de la abstracción. Tropezó con el sentido de su existencia en el baile de sensaciones que le acariciaron y llegó, incluso, a estudiar tres años de teología que se imprimieron sobre un título de profesora de religión. No ejerció como docente pero educó sus penetrantes convicciones y persiguió el afán del bien para el prójimo para, en este sentido, cimentar un muro de fe contra los problemas que ha ido derrotando en su condensada rutina.

De estos frenazos, resbaladizos como el aceite sobre el cristal, prefiere no dialogar y opta por la mirada ecuánime hacia el frente; un futuro que reconoce como menguante. No se arrepiente de sus vivencias y, con el gesto firme, atestigua que se ha servido de sus aciertos y que ha aprendido de sus errores. Se complace de haber convivido con sus padres hasta su ocaso, al igual que de valer de contable en el Ministerio de Obras Públicas y de enfermera de ancianos por las tardes. Sonríe al relatar cómo encandiló a su marido, hijo de la Alcarria, y al resucitar de la mente sus silenciosas horas de estudio. No es aficionada al cine, la televisión o los viajes; pero sí, y quizás en exceso, a leer, escribir y pintar; que son solo tres muestras de su devoción por el arte y la sabiduría. Y, por este motivo, asume que no existe interés por los famosos mediáticos cuando un poema se ablanda entre sus dedos. Gracias a este correcto parecer, aunque no gozó de la oportunidad de cursar carrera; pudo devolver holgadamente a sus ascendientes los esfuerzos que éstos hipotecaron cuando ella, inocente, crecía al compás de los tanques.

Hoy es una anciana menuda y perspicaz que se desvive por gastar sus ojos en el Museo del Prado y por decorar sus dos viviendas con su pintura castiza. Agarra el pincel en busca de los rasgos del Greco, su paradigma pictórico más potente, y apura sus noches entre páginas de José María Pemán. En la literatura ha hallado el encanto que le ha negado la supervivencia, difícil para cada ser que agita la tierra y que, en su caso, ha topado con el placer y el amargo dolor. Mientras que en la pintura ha buscado, en algunos momentos, la evasión del látigo laboral y, en otros, la expresión de los sentimientos lozanos que ni las más cultas palabras saben simbolizar.

Este es el ritmo que ha impuesto a la marcha de sus experiencias. Hoy, sobre el cómodo sillón de los años, se atreve a volver la vista hacia sus sinceridades y a vislumbrar los regalos que ha desenvuelto en vida. Y, con la ternura de la nostalgia, le encantaría volver a desenvolverlos, pero el tiempo es ajeno a nuestros intereses y el minuto que se tarda en leer este párrafo jamás regresará a nuestros relojes. Así que ya no puede apretar la mano de «Papá», como lo hacía mientras vomitaba el cañón denominado «el Abuelo» en la Guerra Civil; puesto que, ahora, éste está enjaulado en los libros de Historia, aquella mano reposa bajo los cipreses y ella ya solo se agarra al brazo de su diligente marido.

## Lo importante de la vida



Pocas cosas hay más importantes en la vida que ser fiel a los dictados de la conciencia de cada persona. Es cierto que, a veces, hay que recurrir al consejo de la experiencia y el conocimiento de otros; pero la que actúa es la propia persona. No somos infalibles, nos equivocamos y aprendemos, y ahí es donde está nuestra fuerza. Y para todo ello, es imprescindible el amor. Porque podemos mejorar y podemos seguir adelante, pero si no tenemos amor, no tenemos un horizonte en el que fijarnos. Creo que el hombre ha nacido para amar: la voluntad es querer, es amar y es darse. Amar a los seres más variopintos: desde el pájaro que tengo en casa, a mi marido, que es el mejor regalo que Dios me ha hecho. Por otro lado, aunque a veces se crea que es amor, el sexo es esencial hasta cierta edad, porque cuando tienes unos años, el amor se hace más espiritual, más puro, y prescindes de él.

Descartes afirma que si pensamos, existimos, y es eso lo que hay que tener bien claro porque el cuerpo y el espíritu son indivisibles. Para mí, pensar es como un lema sin el que nada sería posible. El hombre es maravilloso por su inteligencia y, en mi caso, ésta es lo que más me ha hecho gozar. La gente considerará más importante al dinero, pero es sólo necesario, nada más. Precisamente en este aspecto no he coincidido con mi marido, en alguna ocasión, porque las monedas se me escapan de las manos y doy lo que tengo a la gente que lo necesita para ser feliz. Para mí, la cuenta corriente no tiene valor ninguno, porque el máximo valor está en hacer felices a los demás.

En la vida hay tiempo para todo: para trabajar, para divertirse y hasta para sufrir. Lo ideal sería que nadie tuviera que pasarlo mal, pero es ley de vida; por eso hay que aprender a estar por encima de los problemas y a estar a gusto con lo que se tiene. Para eso está la literatura o el arte, para recordarnos las cosas que son importantes y para que tengamos la inteligencia necesaria en esta sociedad. De esta manera, si trabajamos de verdad por hacer el bien a la gente que nos rodea y si prescindimos de todo aquello que nos confunde el camino, seremos capaces de alcanzar la felicidad. Ésta es lo único que de verdad nos queda cuando pasan los años y cuando lo perdamos todo, hasta el cuerpo. Y sin ella, nada de lo que tenemos tiene sentido.